

434 Rp

EL PENSAMIENTO DE SALAZAR

LA OBRA DEL REGIMEN EN LA CAMPAÑA ELECTORAL

*DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DEL CONSEJO, EL
31 DE MAYO, EN SAN BENTO, COMO CONTESTACION AL MENSAGE
DE LOS PRESIDENTES DE LOS AYUNTAMIENTOS PORTUGUESES*

Y

*PALABRAS PROFERIDAS EN LA SESIÓN DE PROPAGANDA DE LA
CANDIDATURA DEL SEÑOR CONTRA-ALMIRAL AMÉRICO THOMAZ,
EN EL PABELLÓN DE LOS DEPORTES, EN LISBOA, EL 4 DE JUNIO
DE 1958.*

SECRETARIADO NACIONAL DA INFORMAÇÃO

L I S B O A



1 9 5 8

1042

434-Rp

EL PENSAMIENTO DE SALAZAR



LA OBRA DEL REGIMEN EN LA CAMPAÑA ELECTORAL

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DEL CONSEJO, EL
31 DE MAYO, EN SAN BENTO, COMO CONTESTACION AL MENSAGE
DE LOS PRESIDENTES DE LOS AYUNTAMIENTOS PORTUGUESES
Y
PALABRAS PROFERIDAS EN LA SESIÓN DE PROPAGANDA DE LA
CANDIDATURA DEL SEÑOR CONTRA-ALMIRAL AMERICO THOMAZ,
EN EL PABELLÓN DE LOS DEPORTES, EN LISBOA, EL 4 DE JUNIO
DE 1958.

SECRETARIADO NACIONAL DA INFORMAÇÃO
L I S B O A ● 1 9 5 8



INCORPORAÇÃO

EL PRINCIPAL DEL SALAZAR

LA OBRA DEL REGIMEN
EN LA
CAMPAÑA ELECTORAL

Exposición de la obra del Regimen en la Campaña Electoral
El principal del Salazar
En la Campaña Electoral

SECRETARIA NACIONAL DA INFORMACAO

LISBOA • 1928

Estimé que no debía evitar este encuentro: los hombres buenos de los concejos, conscientes del momento que se atraviesa, vinieron, como en otros trances históricos, a marcar ante el Gobierno su posición. Tal vez a esta misma hora, en todos los municipios del país, las personas comisionadas para los cargos de la administración, hacen saber a sus convecinos cómo interpretan el sentir de los pueblos y cómo expresan su voluntad. Tienen capacidad y competencia para hacerlo. Piés firmes en el suelo patrio, brazos y mentes entregadas al trabajo, lejos de las ambiciones políticas y cerca de la vida como realmente es vivida, no se puede negar la autenticidad de vuestra representación. Únicamente pongo reparos al exceso de las referencias personales, puesto que no soy ni hago más que otros; soy sencillamente aquel que circunstancias imprevistas designaron como el que debía conducir la bandera de un movimiento de unidad y renacimiento nacional. Ni héroe, ni sabio ni santo: «uno cualquiera» que trabaja cuanto puede por su país en el puesto que le fué designado y está siempre a disposición de quien se lo confió.

I

No se sabe por qué, a propósito de una elección presidencial, se encuentran, en el momento actual, portugueses que proclaman la vacuidad de ese esfuerzo, niegan la existencia o

el valor de cualquier obra, afirman el mal fundamento de la política que le sirve de base. Es fruto de la pasión que hace desvariar a los mejores espíritus y les impide reconocer la evidencia de las cosas. Si disponeis de un momento, vamos a comprobarlo en el ambiente tranquilo y desapasionado que tenemos el deber de no abandonar.

En la abundante prosa, hablada e impresa, en nombre, por orden y al gusto de las oposiciones, se atropellan las críticas a lo que se realizó en los últimos treinta años, y son innumerables las promesas de lo que ha de hacerse, con mejor gobierno y más atinada orientación, en lo que toca a los problemas esenciales de nuestra vida colectiva. Salvo, no obstante, desvíos, faltas, incluso errores, inevitables pero corregibles, todos los programas giran, en definitiva, en torno de la política externa, de la política ultramarina, de la política económica, de la política social y de la falta o defectuosa institucionalización del régimen. Examinemos, punto por punto, las posiciones; lo haremos rápidamente, porque las minucias son muchas, pero lo esencial es poco.

En cuanto a la política externa se deduce, de la documentación producida, que nada fué encontrado mal. No hubo coraje para atacar la política de la alianza inglesa, ni la del bloque peninsular, ni la de la comunidad luso-brasileña. Tampoco se quiso criticar la neutralidad portuguesa durante la última guerra que, por otra parte, funcionó en favor de los aliados — neutralidad colaborante, como la llamé una vez — ni la corrección o excelencia de las relaciones mantenidas con los otros Estados, ni las amistades conquistadas, ni los apoyos conseguidos. Todo marchó bien, todo está acertado, no hay que tocarlo.

He visto, empero, que se han suscitado dudas sobre si nuestras instituciones son compatibles con los principios de las Naciones Unidas. Es exactamente principio fundamental de éstas, que la organización nada tiene que ver con el régimen interno de las diferentes naciones. Fuimos admitidos, sin nin-

guna insistencia por nuestra parte, por la unanimidad de 56 votos, sin un voto contra y sin una abstención. Quiere decirse, que fuimos considerados elementos útiles y hábiles para cumplir las normas de convivencia que son fundamento de la institución. Es por lo menos extraño que, en el medio interno, se pueda negar una idoneidad tan insospechablemente reconocida.

Además de las posiciones adoptadas, hay también sugerencias. Leí que se sugiere, de uno de los lados, una política *independiente* y relaciones *con todos los países*. Aquella palabra «independiente» no significa que tengan que crearse las condiciones de la libre determinación del país en la vida internacional. Si alguien se puede ufanar, sin agravio, de haber roto lazos y servidumbres desagradables y, de esa forma, haber reforzado la independencia nacional, somos nosotros. Y no podrían hacerlo aquellos que, a través de los años, vienen esperando de potencias extranjeras auxilio a su investidura en el poder. Aquella palabra significa, en el vocabulario comunista, lo mismo que neutralismo o neutralidad activa; esto es, no participación en alianzas o bloques ideológicos o políticos. Es lo que Rusia pide a sus amigos, cuando no puede solicitar su adhesión.

Yo no sé si, cuando un candidato se dispuso a desistir en favor de otro, se sumaron, con las respectivas fuerzas, los respectivos programas. En este punto sería imposible, porque la concepción geopolítica que inspira uno es irreconciliable, en el momento presente, con la política «independiente» que el otro desea. Por el contrario, es necesario reforzar; yo diría que es necesario, en algunos casos, ampliar los bloques defensivos, bajo pena de poner en riesgo la propia independencia; esto es, que tiene que cimentarse la independencia nacional en las interdependencias políticas. Es la ley del momento que vivimos.

Otra referencia, lanzada desde el mismo lado, pretende relaciones con todos los países. Si se trata de relaciones comerciales, y si la alusión se dirige hacia los países del otro lado del telón de acero, debo decir que tenemos ya relaciones regulares

con Polonia, Checoslovaquia, Alemania Oriental y Hungría, y comerciamos incluso con Rusia, antiguo cliente de nuestros corchos. A las otras relaciones, comenzando por las diplomáticas, se les presentan obstáculos graves, que difícilmente serán vencidos, mientras sean clima privilegiado de un proselitismo inadmisibles. Hemos asistido al hacer y deshacer de experiencias en este campo, para lamentar inmediatamente los resultados. Todos los hombres imparciales entenderán que la cuestión sólo puede ser resuelta bajo estas dos condiciones: inocuidad proselitista de las misiones extranjeras; reciprocidad completa de las regalías habitualmente concedidas.

Pero esto nada tiene que ver con el problema de la paz. Nosotros, como la generalidad de los países, también deseamos la paz, separándonos únicamente de muchos la idea que se tenga del camino a recorrer para que la misma se garantice y se consolide. Quién nos diera llegar a una plataforma de desarme! Quién nos diera poder emplear, en beneficio de la colectividad, las sumas que se emplean en la defensa! Pero la paz, el desarme, son nociones o situaciones recíprocas entre Estados independientes. Y cuando se habla de paz, sin esta previa exigencia, es que se está dispuesto a aceptar, en el plano nacional, la servidumbre.

*
* *

Veamos ahora la política ultramarina, entendida ésta como el conjunto de principios que regulan las relaciones entre las diversas partes constitutivas de la nación portuguesa, las normas que regulan las relaciones raciales; la finalidad de alguna «actualización» y a la necesidad de plebiscito nacional para definir la situación de Goa. Si bien que no pudiese comprender bien la idea, no hago reparos al primer punto, porque el crecimiento de las provincias de Ultramar, sobre todo de Angola y de Mozambique, su extensión, sus necesidades y su pro-

greso, han de ir reclamando revisiones de la estructura del Gobierno y de la administración, sin alteración, no obstante, de su posición básica en el todo portugués. Al definir-se el proyecto del próximo Plan de Fomento, en que aquellas provincias participan tan substancialmente, con perjuicio de muchas empresas necesarias aquí, nosotros tuvimos, más de una vez, la sensación de que verdaderamente nos quitábamos de la boca el pan que iba a ayudar al Ultramar, pero lo hacíamos sin sacrificio y con pena de que no fuera aún más. Aquella alusión no parece, por tanto, constituir problema.

No diré lo mismo de Goa, acerca de la cual la posición enunciada tiene marca conocida. Casi se debe tener pena de los comunistas. Les mandaron ser aquí germanófilos, en el comienzo de la guerra, y lo fueron; les mandaron ser aliadófilos después, y lo fueron. Les mandaron admitir la independencia de las repúblicas soviéticas, y la admitieron; les mandaron aceptar la absorción de las mismas repúblicas, y la aceptaron. Son colonialistas para engrandecer al estado socialista ruso, y anticolonialistas para disminuir a su propio país. No busquemos lógica, sino obediencia; no esperemos patriotismo, sino servicios a una política extranjera. La idea del plebiscito para definir una nueva situación respecto a Goa se deriva de declaraciones soviéticas en favor de la Unión India, y no fué extendido por nuestros comunistas a las otras provincias porque, de momento, eso agravaría la irreductibilidad del pueblo en cuanto a la voluntaria amputación de la nación portuguesa. Goa es, pues, el máximum que los comunistas osaron jugar; la reacción provocada me dispensa a mí de afirmar, una vez más, la política del Gobierno en relación con el Estado de la India. Es clara: nosotros no negamos, ni repudiamos, a los nuestros.

*
* *

En cuanto al problema económico, la campaña electoral de las oposiciones se desarrolló, desde la negación formal de cualquier progreso — a la vista de todos, sin embargo — hasta la simple insuficiencia de las realizaciones públicas y privadas a este respecto. O no se hizo nada, o no se hizo todo lo que se debía hacer. De modo que el retraso económico del país, con su repercusión en el nivel de vida de las poblaciones, no tuvo que ser confrontado, ni con los niveles anteriores, ni con la pobreza del medio, ni con las posibilidades financieras y técnicas. Fuera de un período como éste, las propias responsabilidades intelectuales de algunos que intervinieron en el debate, debían inhibirlos de plantear así la cuestión.

El problema económico debía presentarse de la forma siguiente :

1.º — ¿Está bien ecuacionado de modo que el desenvolvimiento de la economía nacional se haga ordenada y progresivamente a partir de las premisas planteadas?

2.º Lo que se realizó, ¿está encuadrado en esa gran línea, o comprende desvíos o obstáculos al progreso ulterior?

3.º — ¿Se podía ir más lejos de lo que se fué, cuales los medios de que podía disponerse sin riesgo o sin mayores perjuicios, y no fueron utilizados?

Con seriedad, no puede salirse de aquí; y los números estadísticos, a los que se dieron vueltas y revueltas, no son susceptibles de alterar estas posiciones.

Nosotros lamentamos, como todos, el que no nos encontremos en la primera línea de los pueblos más ricos o desarrollados. Nunca será ese nuestro lugar y muy profundamente desconocen los datos de la cuestión quienes especulan con tal posibilidad. Sin suelo, sin subsuelo, sin mar litoral ricos, nuestra

mayor riqueza en la Metrópoli es aún el hombre y su trabajo. Pero para elevar éstos al nivel deseado, tendrán que hacerse grandes esfuerzos y dar tiempo al tiempo. El capital y la técnica no se inventan: se importan o se forman. Por mí, preferiría ir un poco más despacio, en el ámbito de una vida modesta, que someter al país a nuevas formas de colonización extranjera.

Es extraño que, no pudiendo haber discontinuidad en la vida y en la economía, no se hayan hecho referencias pertinentes al Plan de Fomento que habrá de seguir al actual. Era exactamente en la coordinación o descoordinación de los planes, donde se encontrarían las mejores razones de crítica, si de eso se tratase. Empleó el Gobierno algunas semanas para examinar y decidir sobre lo que costó años de elaboración, ahora sometido a la apreciación de las Cámaras, y publicado para conocimiento de todos. Es lamentable que las oposiciones, tan interesadas en el rápido progreso económico del País, no se hayan sentido en condiciones de analizar un Plan del que aquel va a depender esencialmente en los próximos seis años.

*

*

*

Me resta decir algunas palabras sobre el problema social.

En un manifiesto dirigido a los trabajadores del País, las oposiciones incluyeron gran número de reivindicaciones sobre condiciones de trabajo, salarios, horarios, viviendas, vacaciones, asistencia, acceso a la cultura y otras, como prueba de su cariño por las clases obreras. Nada de esto impresiona, no constituye dificultad para nosotros, ya que todo se integra en los principios que defendemos. O sea, que para nosotros son más que promesas electorales, puesto que, de algún modo, constituyen la esencia del régimen que servimos. La diferencia reside únicamente en que la realización práctica de determinadas aspiraciones va siendo determinada por las posibilidades y el pro-

greso económico del País, mientras que, para las oposiciones, las promesas se presentan liberadas del condicionalismo económico que tiene que servirles de base. Mucho antes de que fuesen formuladas, o soñadas siquiera, determinadas reivindicaciones, nosotros afirmamos, en nombre de nuestros principios, no poner ningún límite a la ascensión económica, política o cultural de las masas, y así se viene realizando con bases sólidas lo que, de otro modo, no pasaría de artificios o engaños.

Se comprende que, en el manifiesto en cuestión, no se pudiese plantear, de manera desnuda, la ideología que lo inspiraba. Una idea de socialización de los medios de producción, apartaría simpatías ambicionadas; era preciso, sobre todo, que la pequeña burguesía esperase que no iba a ser molestada. Pero la reclamación de que sea reconocido el derecho de huelga, pone en este complejo de cuestiones la nota de la lucha de clases, cuando nosotros nos batimos por el mantenimiento del ambiente en la más franca y amigable cooperación. Aquí nos separamos.

Nosotros no aceptamos la idea de la incompatibilidad de intereses entre la clase patronal y la clase trabajadora, sino la de su solidaridad permanente. Si una incompatibilidad de momento pone a las dos fuerzas en riesgo de chocar, es necesario que el defensor del interés colectivo arbitre la contienda, de acuerdo con la justicia y el bien común. Cuando se destina a un ferroviario el duro trabajo nocturno; cuando se impone a los funcionarios de correos o a las telefonistas el servicio permanente, no es el interés patronal u obrero el que está en juego, sino el interés de la colectividad. ¿Cómo pues se olvida a éste que es un tercero en el conflicto, y ha de dejarse que se resuelva la contienda por la lucha de las otras fuerzas interesadas? Si el liberalismo pudo llegar a este equívoco, el comunismo lo barrió de las leyes y de la práctica. En esto tiene toda la razón.

Nosotros no podemos perder una hora de trabajo; nosotros no podemos disminuir el ritmo de nuestro esfuerzo; nosotros no podemos admitir que el espíritu de lucha y el odio se

inserten donde únicamente la cooperación amiga puede triunfar. No olvidamos los egoísmos humanos, ni los abusos, ni siquiera la pobreza o la miseria material o moral que de esto se pueda derivar; digo que existen formas más correctas y más seguras de dominarlos, con beneficio general.

Creo, por consiguiente, que podemos llegar a la conclusión de que en estos sectores de la vida de la Nación y en sus grandes líneas, descontadas así eficiencias o errores o retrasos admisibles, todo lo que se hizo se destinó a servir, y sirvió efectivamente, el bién común. Lo que vemos que se sugiere del otro lado, o no se puede o no se debe hacer.

Pero no es esto lo peor. Lo peor es pensar que se puede realizar cualquier política social con cualquier política económica; que se puede levantar cualquier política económica con cualquier política financiera; y que una política económica o financiera cualquiera puede servir de base a la política internacional o ultramarina que nos plazca realizar. Si un día los que alguna vez dijeron que irían a buscar el dinero donde lo hubiese, pudieron disponer del poder; si lo alcanzasen aquellos que se jactan de haber aprendido que no tienen importancia ni la solidez ni el valor de la moneda, sino su cantidad; si pudiesen algún día influenciar el poder aquellos que pretenden garantizar la distribución de riquezas antes de ser producidas, debemos estar seguros de que sería imposible ejecutar cualquier plan y poner en pié cualquier política que tuviese simultáneamente estos objetivos: consolidar y mantener la independencia y la integridad nacional; aumentar la riqueza pública y privada; distribuir más equitativamente el rendimiento nacional entre todos, con beneficio para los más necesitados; asegurar el trabajo de los portugueses, mejorar sus condiciones de vida, asegurarles el orden, permitirles vivir en paz. Lo que ahí está

— aunque se considere imperfecto e inacabado, y seguramente lo es — fué preciso erguirlo, nó a retazos, sino con la unidad de un edificio sobre cimientos, donde se vertió mucho sudor de este pobre pueblo; y fué con su trabajo y con sus privaciones con los que se pagaron las deudas, se libertó de usureros la Hacienda, se restauró el crédito, se instauró una administración, se adquirió prestigio y se ha defendido la patria y la integridad del Ultramar portugués. Desgraciado pueblo si, confundiendo promesas vanas con realidades, viniera a convencerse un día de que el trabajo es señal de servidumbre y el desorden atmósfera saludable de vida !

*
* *
*

Todo lo que dijimos que no debe ser hecho o que no puede hacerse, cómo pretenden realizarlo las oposiciones? Por medio de una dictadura educativa a la que seguiría la formación de partidos políticos. Me atrevo a decir que esa dictadura, que se anuncia bastante fuerte para contraponerla a la otra que, en los peores días, nunca fué violenta, es tal vez innecesaria para formar demócratas. Los que en los últimos treinta años nos contentamos con progresar, viviendo en paz y en orden, bajo una autoridad que nos garantizó las libertades que podíamos usufructuar, no aprenderemo nada. Y muchos de los otros que se han sentido oprimidos durante el mismo período, ya demostraron en discursos, en periódicos y en otros actos públicos, que están en condiciones de comenzar a gozar de esas libertades y con tan gran amplitud que no alcanzarán para nadie más.

Y no se tenga recelo de la formación de partidos. Basta que al regular el derecho de asociación, se permita la asociación para fines políticos, para que de la noche a la mañana aparezcan, incluso, más de los que se desearía : un partido del centro, uno o dos partidos monárquicos, un partido de las izquierdas democráticas, un partido socialista y, naturalmente, un partido

comunista, sin hablar del de la democracia cristiana, ya que hay quién juzgue que, en tales circunstancias, se asegura mejor, por ese camino, la defensa de la Iglesia. Estos son los partidos considerados como base, porque nuestro individualismo, las irreductibilidades personales, las ambiciones y las vanidades de los hombres, se encargarían de hacer saltar todas las disciplinas y dividir lo que ya se encontraría bastante repartido y disperso. Y entre todos esos grupos se habrían de dividir los 120 diputados de la Asamblea Nacional.

Hay alguna ingenuidad en suponer que, por fuerza de leyes, constitucionales o no, se puede llegar a la limitación numérica de los partidos, con eficiencia duradera y sin atropello de los principios democráticos. Aceptados los principios, tienen que aceptarse las consecuencias, sólo en unos casos peores que en otros.

Habiendo reflexionado largamente sobre estos problemas y seguido su evolución en los diversos Estados, nunca pude comprender tres cosas que se aducen para legitimar el sistema: que sea la diversidad de partidos la forma más expresiva de formar y representar la unidad nacional; que haya una relación necesaria entre la existencia de partidos y las libertades públicas; que la proliferación de partidos sea un sistema capaz de evitar la explosión revolucionaria de las facciones. Por lo que nos toca, la experiencia de muchos años fué la de que eran los partidos los que promovían las revoluciones y los que fueron incapaces de asegurar las libertades.

Sin cualquier prurito dogmático, sino con los ojos puestos en nuestras necesidades y modo de ser, el Movimiento del 28 de Mayo dió origen a un régimen no partidista o antipartidista, como se quiera. Algunos lo consideran cosa retrógrada; mejor o más justamente nos debían considerar precursores. Las dificultades que se presentan por todas partes son tales, que los regímenes políticos van evolucionando, influenciados, sobre todo, por la eficiencia de los métodos de gobernar. Las discusiones de las asambleas constituidas por numerosos grupos, y el

supercriticismo consiguiente, van siendo sacrificados a la necesidad fundamental de gobernar, y las asambleas no pueden huir a la definición de una política o evitar que los gobiernos prosigan la política que ellos propios definan. De esta forma hemos seguido nuestro camino, haciendo llamamientos incesantes a aquel denominador común que es el interés nacional.

Es posible que para defender éste o no dejar extraviar la opinión pública acerca de su esencia, se haya exagerado un tanto y coartado libertades que, al menos sin peligro grave, podrán ser de otro modo reglamentadas. Pero nosotros precisábamos entendernos primero sobre ciertos conceptos fundamentales, que después de las últimas discusiones y llamamientos demagógicos quedaron más oscuros que antes.

En las oposiciones se percibió una prudente alarma al decir que alguna cosa más era necesaria, porque con la libertad no podía hacerse todo. Pues nó. Diré que no se puede hacer todo ni se puede hacer nada, sobretodo cuando nuestra tendencia es interpretarla en el sentido por donde la hemos visto extraviarse. Hace muchos años ya, un sociólogo francés que se ocupó bastante de nuestros problemas y de los defectos de nuestra formación, llegó a la conclusión de que esta cualidad excelente de la gente portuguesa — su docilidad — representaba en el fondo un grave peligro para la estabilidad política y social. Bastaría que alguien dispusiese de la audacia de prometer y de mentir para crear en su torno zonas de adhesión, incluso entusiásticas, que, no obstante, el buen sentido neutralizaría más tarde. Pero, ¿por qué las dejamos crear?

Porque, no constituyendo un riesgo mortal, se espera que el fenómeno llame a reflexión a muchos otros que parecen cansados del orden y la paz y se inclinan a creer en las virtudes creadoras de la agitación política, de la variedad de los programas y de la sucesión de soluciones mal ensayadas y luego puestas de lado, del espectáculo de egoísmos y de ambiciones a que el País puede asistir, pero al que no puede asistir sin pagar.

Son los que, al trabajo metódico y según planes preestablecidos califican de inmovilismo.

Pero incluso a estos yo quiero prestarles la justicia que merezcan comenzando, sin embargo, por una declaración en cierto modo brutal. Si se está convencido de que se evaporó el contenido ideológico de la Revolución o, lo que es prácticamente lo mismo, que los principios no son ya eficientes ni los hombres creen en ellos o son capaces de aplicarlos, es evidente que eventuales transferencias de poder no tienen importancia sino en la medida en que pueden o no preservar lo que, a través de tanto esfuerzo, se consiguió en bien de la Nación. Pero si esa misma Revolución tiene aún numerosos y dedicados fieles y se siente con vigor para imponerse, es entonces necesario que prosiga en la pureza de su ideal y primera fé, expurgada de lo que el tiempo haya traído de impuro a sus realizaciones, y simultáneamente corregida en lo que ese mismo tiempo la haya revelado imperfecta.

Es evidente que si se hubiese institucionalizado más pronto completamente el régimen, y la elección fuese ordenada de otra forma, la Nación no sufriría el desprestigio de la actual campaña. Es evidente que si la experiencia corporativa estuviese más avanzada y extendida a todos los sectores económicos, culturales o morales, nosotros estaríamos preparados para formular un juicio más completo sobre sus virtualidades y defectos. Es evidente que si las ideas maestras del régimen fuesen llevadas con persistencia hasta la juventud de las escuelas, de los talleres y de los campos, no habría el menor recelo de entregarle, llegada la hora, a todos sin excepción, la herencia patria, que desgraciadamente corre peligro en ciertas manos. Hay aún el inmovilismo de las personas y de las instituciones, pero acerca de este asunto hablaremos en época más serena, cuando podamos situar el problema fuera del dominio de las pasiones, para examinarlo a la luz fría de la razón.

Quería aún añadir unas palabras, por no saber si tendré la oportunidad de decirlas.

El régimen instaurado por el Ejército el 28 de Mayo de 1926 y constitucionalizado después por la aprobación plebiscitaria de la Constitución Política, gozó de la inapreciable ventaja de desenvolverse hasta ahora solamente bajo dos Jefes de Estado, de cuyas cualidades y servicios la Nación puede sentirse orgullosa. ¿Producto del acaso, o resultado de una orientación política?

Los que entienden que no pueden dar y los que no saben dar a la vida de los pueblos, en su superior dirección, una orientación cualquiera, estarán inclinados a suponer que todo fué cuestión de suerte. Yo diré, no obstante, que, tanto en lo que respecta a la estabilidad de la Jefatura del Estado, como a los méritos personales de los que la ocuparon se trata, en verdad, del fruto de los principios que profesamos. Ni todos los regímenes despiertan o hacen florecer en los hombres públicos las mismas cualidades; ni todos se equivalen en la creación de un estilo de mando o en el espíritu de servir.

El Señor General Craveiro Lopes, cuyo mandato terminará dentro de pocos meses, ha servido su cargo con tan ejemplar dedicación, con tan elevada dignidad, con tal fidelidad a los principios fundamentales del régimen, que sería ingratitud no guardar en nuestra memoria y en nuestro reconocimiento, los siete años de su magistratura. Además constituyeron servicio del mayor relieve sus viajes a las Islas y a casi todo el Ultramar portugués; bajo su mandato, el País tuvo el alto honor de recibir, y el placer de retribuir, las visitas de Soberanos y grandes Jefes de Estado, cuyas relaciones de amistad consideramos preciosas y factor importante de nuestra política externa. El Señor Presidente pudo aún llevar al Brasil, entre aclamaciones inolvidables, el calor de nuestras almas, en el abrazo fraternal de los portugueses de todo el mundo. Y no hubo so-

bresaltos, ni vacilaciones, ni equívocos, porque todo transcurrió con naturalidad y nobleza, en el orden y en la calma a que ya nos habituamos. ¿Aún suerte, o política?

A punto de terminar el mandato presidencial, la Unión Nacional procuró un candidato en la misma línea en que se situó las otras dos veces: escogió al hombre probo, digno, prudente, dispuesto a servir, capaz de interpretar y defender, en momentos de crisis, los intereses de la grey. No será necesario tomar al asalto una fortaleza, pero bien puede haber necesidad de defenderla.

Nuestra orientación ha sido siempre contraria al reencender de luchas políticas, a través de cuya violencia y trágicos desenlaces, vemos a otros procurar su felicidad. La política, únicamente en sentido desfigurado, se puede confundir con la agitación estéril, hervidero de odios, ostentación de ambiciones personales o de grupos para la conquista y usufructo de altos lugares. Nada de lo que afirmo se opone, evidentemente — se ve que no se ha opuesto — a la libre discusión de los problemas. Esto quiere decir que la conciencia pública se ha de formar, sobre todo, en la reflexión de argumentos sólidos, sobre el conocimiento de hechos seguros y bien interpretados, a la luz de posiciones desinteresadas no en la excitación de las pasiones y en la adulteración de la verdad. Mis palabras de hoy pretendieron ser una contribución para que se forme y venga a actuar correctamente la conciencia de la Nación.

*

* * *

Señores: Pienso haber respondido a vuestro voto. El Régimen espera poder contar, para proseguir, con la comprensión y lealtad del pueblo portugués.

*Palabras de Su Excelencia el Presidente del Consejo
en la sesión de propaganda de la candidatura del
Señor Contra-Almiral Américo Thomaz, en el Pabellón
de los Deportes, en Lisboa, el 4 de junio de 1958*

Cinco minutos bastan para lo que debo decir.

Llega al fin la campaña electoral, no como deseáramos, sino como pudo ser. Se caracterizó ésta por manifestaciones, dispensables para la presentación de los candidatos y confronto de sus méritos e incluso para la elección de ideologías y programas; si es que tiene que sufrirse en cada elección presidencial una especie de plebiscito sobre la estructura del Estado y todos los problemas de la Nación. Esta revisión enciclopédica, a que tan liberalmente nos hemos sometido, fué esta vez acompañada de atentados al orden público, que perturbaron la tranquilidad habitual de nuestro vivir y pueden haber dejado, en algunos espíritus, una sombra de duda o de recelo. Perdimos un poco de nuestro buen nombre, penosamente granjeado en muchos años; ganamos, al poder interrogarnos, a la luz de los hechos, sobre si se trató de una campaña electoral a la portuguesa, o a la americana, o de la preparación, a su sombra, de un movimiento sedicioso a la rusa. El espíritu de subversión que brotó aquí o allá, está seguramente, en todos los países civilizados, fuera de las reglas del juego electoral.

Hemos trabajado y continuaremos trabajando en la consolidación de un sistema de vida y de gobierno en que el orden se deriva, sobre todo, de la disciplina espontánea de cada uno y del respeto por los otros, y por eso nos abstenemos de agitar pasiones malsanas que sienbren la división entre los portuque-

ses. No hacemos llamamientos a la violencia, no disminuimos a nadie y a todos queremos prestar justicia. Ahora, sin embargo, tendremos que, pacientemente, barrer la sementera de odios con que, por actos de otros, se envenenó la atmósfera del País.

Pero quiero afirmar, con la fría serenidad habitual, que, de ésta o de otra forma, se ha de restablecer, y rápidamente, el ambiente de calma, esencial para la vida de la colectividad; quiero decir que lo haremos en todas las circunstancias y con el empleo de todos los medios a disposición de la autoridad.

A pesar de todo, nos regocijamos con el hecho de que las oposiciones se hayan decidido a concurrir a la elección presidencial, y el Gobierno ha hecho los máximos esfuerzos y luchado con las mayores dificultades para facilitarles la actividad y llevarlas hasta las urnas. Por la primera vez, supongo, hemos de enfrentar, en cerrada coalición, a todos los que, por cualquier motivo, de doctrina, de sentimientos o de intereses, se conjugaron, no para la renovación, como algunos pensaron, sino para la subversión del régimen. Sea cual fuere su representación, amplia o restringida, la presencia en las urnas contradice, y clamorosamente, — como además aconteció con toda la propaganda — uno de los lugares comunes de ésta, el miedo, contra cuyo fantasma se fingió tener que luchar.

La elección será, así, una prueba de fuerza, que podemos permitirnos en el propio campo del adversario. Nosotros estamos excesivamente habituados a un comodismo fácil en que, a unos cuantos incumben las duras tareas, no sólo de concebir y realizar lo que es preciso para el bien de la Nación, sino de sacudir a los inertes, avisar a los descuidados, proteger a los tímidos. Yo veo aproximarse tiempos en que han de ser exigidos a todos mayores sacrificios que el voto, para la defensa del bien común e, incluso, del interés legítimo de cada cual. Pueden venir tiempos en que sea preciso estar dispuesto a luchar duramente; y felices aquellos que tuvieron quién los con-

gregue, los conduzca, les indique el camino y asegure, con su concurso, la victoria.

No está en mi temperamento hacer llamamientos fáciles a lo trágico, ni ése es el alcance de estas palabras. Me parece, sin embargo, oportuno recordar que, en estos tiempos difíciles, ninguno de los bienes que usufructuamos está seguro, si nosotros mismos no queremos contribuir para su seguridad. Ni la independencia e integridad de la tierra patria, ni la paz, ni el orden, ni las comodidades y bienes, ni el recato de los hogares, ni la libertad de las conciencias, ni la economía, ni el trabajo, ni las mejoras o empresas públicas, nada está seguro, sino en la medida en que nosotros propios defendamos los principios de que todo eso dimana, o en que todo eso se asienta, y estemos dispuestos a batirnos por ellos.

Pero yo quería apartar de mí hoy — y deploro no haberlo conseguido enteramente — toda la severidad y dureza, ya que mi propósito era apenas hacer un llamamiento final, alegre y confiante, a vuestra lealtad y, se fuera preciso, también a vuestro coraje, para la elección de nuevo Presidente de la República. Hay seguramente numerosos descontentos, y los gobiernos tienen que activar o corregir su acción en lo que sea preciso para deshacer esas insatisfacciones. Hay muchos incrédulos, de alma vacía, a los que tenemos la obligación de intentar convertir a nuestra fé patriótica. Habrá portadores de convicciones muy apartadas de las nuestras a quienes debíamos esclarecer. Hay todos esos, y tal vez por nuestra culpa. Pero nosotros somos los más. Somos tantos los que comulgamos en el mismo ideal, somos tantos los que estamos ligados por la misma comprensión del interés patrio y hemos trabajado y sufrido para el mayor prestigio y engrandecimiento de la Nación, que ella no vacilará sobre quien puede servirla y, como hasta aquí, representarla dignamente. No tengamos recelo.

EDICIONES

1977

A D O S I J

1647

EDICIONES

S·N·I

LISBOA

BN



EFG0000513633

S.N